

**Policia** Craig Russell es un grande del género negro, y creador del comisario Jan Fabel, protagonista de cuatro novelas. Visitamos los escenarios de su obra

# Tras las huellas de Herr Kriminalhauptkommissar



**Craig Russell**  
**El señor del Carnaval**  
 Traducción de Mar Vidal

ROCA  
 378 PÁGINAS  
 21 EUROS

Con anterioridad Roca había publicado las siguientes novelas de Russell: 'Muerte en Hamburgo', 'Cuento de muerte' y 'Resurrección'

**El novelista escocés Craig Russell firma un ejemplar de su nueva novela a un agente de policía alemán**  
 MICHAEL ARNING

**LILIAN NEUMAN**

Les presento a Jan Fabel. Es un comisario de alto rango, un tipo todavía joven, alto, rubio, muy medido y elegante. Su creador, el escocés Craig Russell (condado de Fife, 1956), le dio vida en el año 2005, en *Muerte en Hamburgo*, una novela intensa, realmente buena, que contiene la semilla –y los demonios– de todas las novelas posteriores: *Cuento de muerte*, *Resurrección* y *El señor del Carnaval*.

“Ciudad de oportunistas y emprendedores”, esta amplia y bella ciudad es el lugar en donde, desde su primera visita, este escocés sintió que estaba en su casa.

Este sentimiento de Russell –como si tuviese una memoria que no es suya– puede explicarse a través de un importante genetista en *Resurrección*. Las personas heredamos experiencias de nuestros antepasados, y tenemos memoria de ellas. “No es fácil ser alemán”, reflexiona Fabel, que antes de entrar en la policía iba para historiador: “Se lleva auestas el exceso de equipaje de la historia reciente mientras, en comparación, otros europeos viajan ligeros”. En nuestro amable paseo, nos detenemos de golpe ante un enorme cartel, escrito en letra clara, grande y elegante: “Cuando pienses en cada una de las bombas, recuerda que esta guerra la empezó Adolf”.

Estas frases las encontrará

quien traspase la entrada del Ayuntamiento de Hamburgo. Estamos en el Rathaus, y nos envuelven anchas columnas y un enorme techo abovedado. Pero toda esta majestuosidad no acobardó a Fabel. Porque aquí mismo, Jan Fabel abandonó sus buenas maneras y puso a parir al gobernador de Hamburgo... ¡sospechoso de asesinato!

Del otro lado, la ciudad se refleja en el inmenso lago Alster, en el que Fabel suele pasear fingiendo aire bucólico desde la baranda de un trabador, para encontrarse con su informante turco. Cerca, en el Alsterarkaden, es posible sentarse bajo los soportales. Y aquí Fabel

**El nuevo título de la serie, 'El señor del Carnaval', es una historia más espectacular que las anteriores, de final doloroso e incierto**

se encuentra a solas por primera vez con quien será su novia, una psicóloga criminal que –como su ayudante Maria Klee– sonríe y calla, ocultando algo muy oscuro.

He aquí uno de los grandes temas que persiguen a Fabel. Lo que la gente piensa y lo que en realidad les pasa. “Los alemanes tienden a intelectualizarlo todo”. De allí que, sorprendentemente, nadie le haya dicho una palabra sobre su libro *Resurrección*, sobre una izquierda *chic* que alguna vez tuvo seria filiación con grupos de extrema iz-

quierda radical, allá por los setenta y los ochenta. “Muchos de ellos hoy ocupan cargos importantes.”

Peep shows, cabarets, striptease, películas de porno duro, chicas que desafían el frío con las piernas al aire... Nuestro contingente siempre abrigado se aproxima a una calle cerrada por una valla. Aquí sólo entran los varones, porque las mujeres corremos riesgo de ser escupidas, o insultadas, o que nos caiga un preservativo de sombrero. Por este barrio, la aguerrida agente Anna Wolff se mete en la piel de una ligona de discoteca, para cazar a un asesino. Y los lectores lo pasamos realmente mal. Russell es real-

mente bueno, sus novelas son máquinas potentes y fatales –y espe-luznantes–, en donde todos los temas –tráfico de mujeres, sangrientos ritos vikingos– confluyen en una gran amenaza. Mañana por la mañana volveremos.

Es pintoresco, gracioso y elevado. El edificio de la Polizei. El Davidwache. Y en la puerta, una muchacha alta, bonita, de piernas que se elevan como columnas. Porque también mi imaginación fue muy pequeña cuando me imaginaba a Fabel en este edificio, a Fabel re-

unido con su equipo, enfrentándose al jefe de la policía secreta (un servicio que arrastra elementos nazis) o reflexionando preocupado. Y es que aquí no hay nadie que baje del metro ochenta y cinco. Todos estos gigantescos muchachos, vestidos de negro, fornidos y veloces, se mueven con agilidad y decisión. Y, como los borrachos de fines de semana que quedan arrestados, bajamos con ellos por una escalera de caracol.

Hemos llegado a los calabozos, y la verdad es que espero que liquidemos rápido esta fase de la visita, por este pasillón flanqueado por siete puertas que dan a unos cubículos grises, y esa luz que viene de arriba y enceguece...

Un borracho, nos explican, aunque borracho, es alguien con dignidad. Entonces, el *polizei* musculoso hace un gesto teatral, simulando que el otro es un preso borracho. Primero: ¡distancia! Segundo: hablarle alto y claro, ¡y nunca señalarlo con el dedo! Tercero: ¡tratarlo de usted!

Es interesante, pero es como si mi memoria genética –o epigenética, según *Resurrección*– me hablase de otros traumas históricos, o ambientales. Observo el semblante de la compañera periodista, y advierto que también su memoria epigenética le está jugando una mala pasada. Mi estómago y mi olfato me consuelan, adivinando la sala en donde nos servirán unos canapés, y en tanto veremos fotos de archivos, prontuarios, esas cosas (pero eso no sucederá, aquí se acababa la visita).

**Misterio en Colonia**

En tanto, mejor que les diga que *El señor del Carnaval* es una historia más espectacular que las anteriores, de final doloroso, incierto. Y Fabel se bate a duelo con uno de sus principales demonios. Uno de esos que nos persigue a muchos seres humanos. Creernos que en el fondo éramos otra cosa, y no esta que somos. Fabel lleva tiempo convencido de que él era un intelectual, un historiador, y no un policía. “Yo mismo jamás pensé que me convertiría en esto que soy”, admite Russell. Fue policía, publicista, luego periodista, y ahora es el inteligente autor responsable de que empiece a congelarme en esta celda, que sueña con una salchicha con mostaza allá en los despachos de los otros gigantes.

La gracia es que *El señor del Carnaval* transcurre sobre todo en la ciudad de Colonia, en donde, como tan bien lo describe Russell, celebran el Carnaval por todo lo alto. Y hasta un policía se disfraza de gatito. Pero bueno. ¿Qué hacemos en Hamburgo? ¿Cómo es que me he convertido en esto que soy? ¿Cuándo comencé a aficionarme por la novela negra? ¿No iba yo en mi juventud para payaso? ¿Dónde está el Kriminalhauptkommissar? ¿Yo no he hecho nada! |